

## Prólogo

Me parece que es bastante común pensar, y con buenas razones para ello, que la filosofía es o debe ser, como decía Hegel, el resultado exclusivo del arduo trabajo conceptual y que el autor de un libro o de un ensayo filosófico debería, por tanto, abstraer de todo aquello que pueda connotar una característica personal, para situarse en un plano de estricta objetividad temática y buscar ofrecer una argumentación racional como fundamentación de su posición. Quien no cumpla con la regla implícita en esta opinión común, corre por eso un alto riesgo de no ser tomado en serio por la comunidad filosófica establecida, pues para ésta la calidad filosófica de un argumento suele depender precisamente del grado de objetividad y racionalidad alcanzado en la exposición del mismo.

Hay, como indiqué arriba, buenas razones para pensar que en filosofía se debe proceder de esa manera; razones que llamo buenas porque, aun sabiendo que son buenas sobre todo desde la perspectiva del desarrollo dominante de la filosofía en Occidente, me parecen justificadas en cuanto que son resultado de procesos de reflexión crítica y de contraste de ideas. De manera que reconozco la justedad de esas razones y comparto incluso, aunque con reservas, la manera de pensar que se fundamenta en ellas. Pero, como digo, tengo reservas; y éstas no vienen sólo de la pregunta por los límites de su pretensión de universalidad – cuestión a la que acabo de aludir y en la que no voy a entrar aquí –, sino sobre todo de una cierta "ceguera" u "olvido" en esta forma de pensar o si, se prefiere, de la pregunta por un supuesto no explicitado en su propia historia.

Y es que me parece que "olvida" que detrás de todo argumento hay siempre, seamos o no conscientes de ello, una convicción personal; una "creencia", al decir de Ortega y Gasset, que motiva nuestras ideas, conforma nuestros pensamientos y nos lleva a tomar postura discursiva frente a la vida y al mundo. En y con nuestros argumentos, por decirlo así, "confesamos" una posición teórica, pero curiosamente – debido a lo antes dicho – no dejamos que sean también un acto de "confesión" de la creencia sobre la que se levantan.

Frente a esta tendencia tan común quiero advertir, como entrada a los argumentos presentados en este libro, que el presente es un libro compuesto por diversos trabajos en los que se argumenta, desde distintas perspectivas

y diferentes campos temáticos, a favor de una revisión crítica de la filosofía en América Latina que permita redimensionar tanto su historia como su presente, esto es, resignificar su sentido y reformular su función en la historia actual del continente. Pero, a pesar de su variedad, estos trabajos tienen en su argumentación una base común que es, en el fondo, el verdadero hilo conductor del libro, a saber, la convicción personal o "creencia" de que, para poder estar realmente a la altura de la historia que debe pensar y configurar así como en condiciones de cumplir una tarea de orientación en la vida diaria, la filosofía en América Latina tiene que aceptar el reto de la interculturalidad como su gran posibilidad histórica para saber con certeza *qué* es lo que hay que pensar hoy en América Latina, pero sobre todo para aprender *cómo* pensar América Latina sin reduccionismos. Dicho en otros términos: El libro "confiesa", con su argumentación a favor de una transformación intercultural de la filosofía en América Latina, la convicción de que esa figura de la filosofía es hoy la mejor manera de hacer una filosofía desde y para nuestra realidad.

Debo agradecer a Paula Cárcamo y a Martín J. Rüber su cuidado en la revisión de los originales y su esmero en la puesta a punto del manuscrito final.